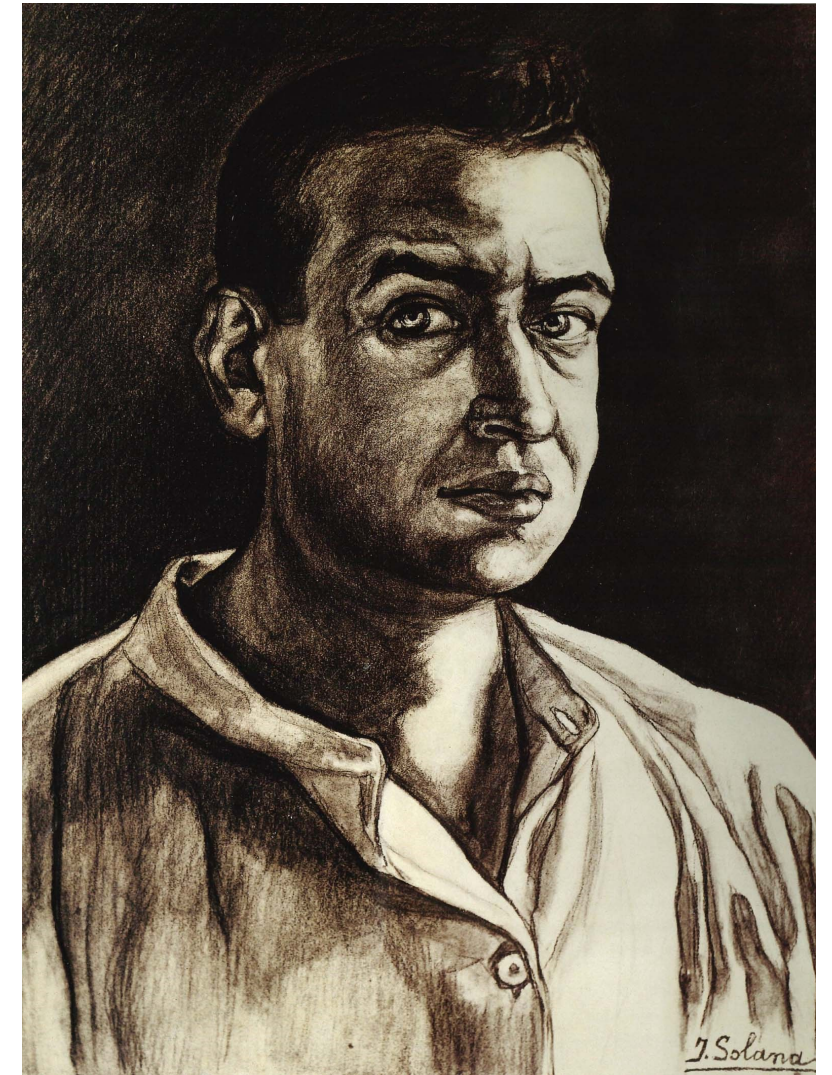


## EL RASTRO DE JOSÉ GUTIERREZ SOLANA

Mucho se ha escrito sobre este particular artista que retrató España, y sobre todo Madrid, con lápices, pinceles y palabras de forma tan honda y personal. Desde Camargo a Camilo José Cela todos los autores que han tratado su trabajo, tanto literario como plástico, coinciden en la peculiaridad del personaje y de su obra.

Como si de una premonición se tratase, José Gutiérrez Solana nació un día de carnaval de 1886. Procedente de una familia un tanto peculiar perteneciente a la burguesía de ascendencia indiana, pronto mostró interés por las artes plásticas; estudió primero en el Escuela de Artes y Oficios de la calle del Turco y más tarde ingresó en la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando. Siempre indómito, poco receptivo a la enseñanza reglada y mucho más aficionado a la taberna y a los tugurios de los bajos fondos madrileños, abandonó sus estudios en la Escuela.



José Gutiérrez Solana: *Autorretrato*. Col particular



Su personalidad taciturna y callada no le impidió acercarse a los círculos de creadores más alejados de las modas establecidas. Acudió con frecuencia a la tertulia del Café Levante donde conoció a los artistas que mejor practicaban la bohemia, entre ellos a Valle-Inclán y a los hermanos Baroja, que en cierta medida debieron de influir en su personalidad artística, compartiendo con el primero el gusto por la desmesura y con los segundos su visión lúgubre y pesimista del mundo. Allí también le presentaron a Ignacio Zuloaga, quien ya se había fijado en la obra de Solana, compró algún cuadro suyo y, en cierta medida lo apadrinó. Herederos ambos de la Generación del 98, compartieron el impulso de intentar captar en sus obras la esencia del país. Distintas miradas y también distintas capacidades técnicas diferencian la obra de ambos; la de Solana de técnica mucho más tosca, pero de expresión más honda y desgarradora, en ocasiones apela directamente a la entraña.

José Gutiérrez Solana: *El Rastro*. Aguafuerte. Museo de Historia. IN 2000/29/29



Con el paso del tiempo sus vínculos con los círculos artísticos fueron mutando. Comenzó a frecuentar a los jóvenes de la tertulia del Café Pombo y entabló amistad con Ramón Gómez de la Serna, protagonista indiscutible de la tertulia. Ambos profesaron una sincera admiración de la obra del otro. La obra “Pombo” de Ramón Gómez de la Serna y la pintura “la tertulia del Café Pombo” de Solana, si bien son distintas en cuanto a concepción, se han convertido en complementarias captadoras de lo que significó la tertulia y por extensión aquella generación de artistas.



José Gutiérrez Solana: *La tertulia el café Pombo*. MNCARS

Pero José Gutiérrez Solana fue un verso suelto. Nunca adscrito a corriente alguna, fue siempre un deambulante por la Periferia en todas sus acepciones: por la geográfica del extrarradio de la ciudad, y por la social, que le animó a interesarse por los personajes más sórdidos y desarrapados; pero también en sus relaciones personales, cultivando una taciturna actitud callada, observadora y muchas veces burlona que lo mantuvo en los márgenes de todos los círculos artísticos.



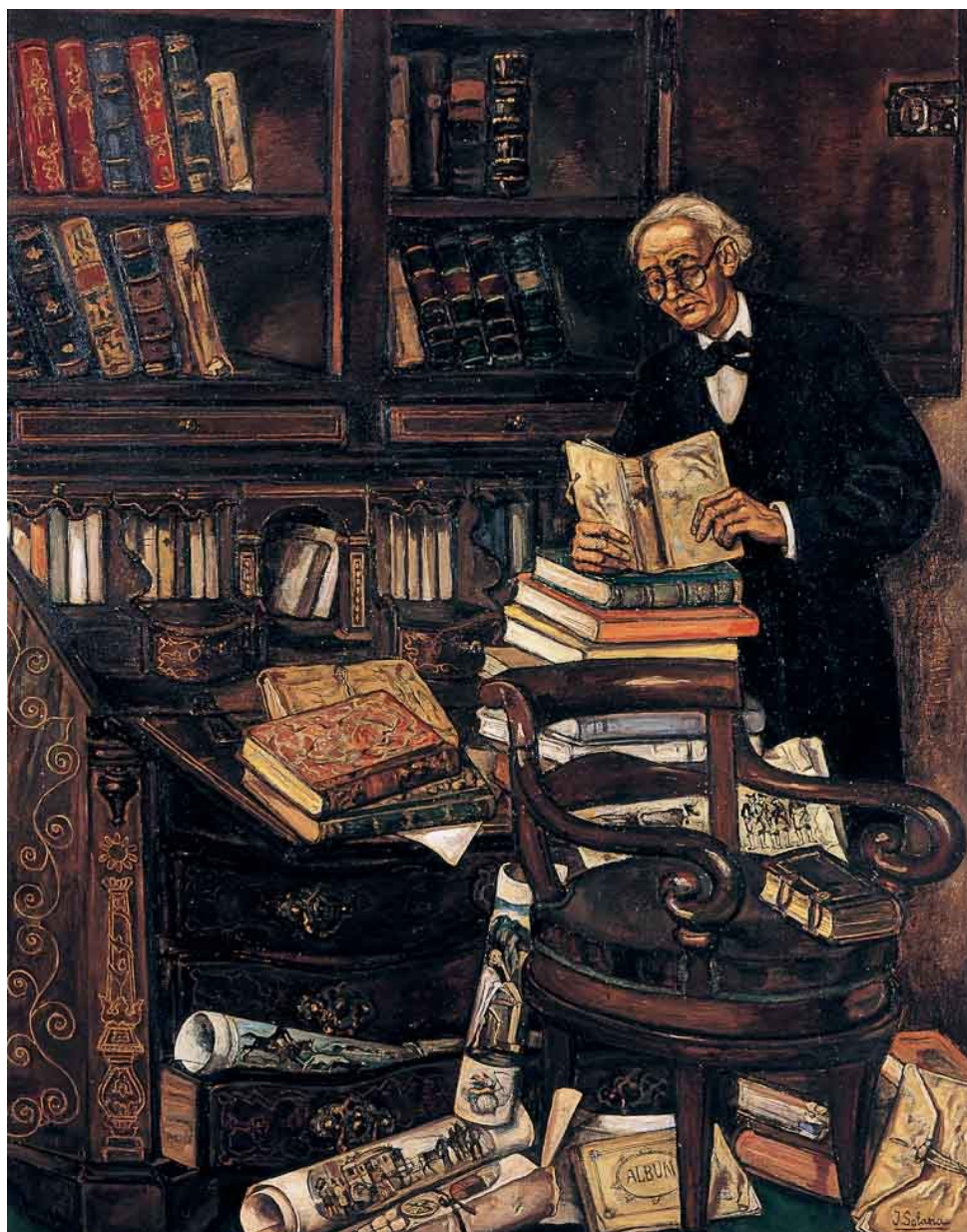
Con su trazo grueso, su paleta terrosa y abundante de negros creó un lenguaje cercano al expresionismo con el que intentó representar de forma desgarradora, incluso a veces brutal, su mundo particular y sobre todo la esencia de este país. El carnaval, el circo, los toros, los personajes de los bajos fondos y también la muerte constituyen la iconografía propia de este artista tan peculiar.



Este conjunto de objetos dispares procede de la casa y taller del pintor. Algunos eran de su familia, pero la mayoría fueron reunidos a lo largo de la vida, en sus andanzas por chamarileros, anticuarios, traperos y ropavejeros, casi siempre en El Rastro. Ramón Gómez de la Serna, admirador y también amigo de Solana, con el que compartía su afición por la recolección de cachivaches y baratijas en El Rastro, reconocía en él al “silencioso rebuscador de las cosas, tan dotado de instinto para encontrar lo mejor en las almonedas”.

Estos objetos se fueron incorporando al mundo íntimo de Solana de manera lenta pero tenaz, en una especie de creciente comparsa carnavalesca muy del gusto del artista, acompañándolo en las mudanzas a sus sucesivas viviendas. Los más antiguos llegaron al hogar familiar de la calle Conde de Aranda, en el barrio de Salamanca, otros se sumaron a la comparsa en la época en la que Solana vivía en Chamberí o en Cuatro Caminos y los más recientes en su última morada en Vallecas. Pero estos objetos no sólo formaban parte de su vida doméstica, también le servían de modelo para sus composiciones.

Manuel Amuriza: *El Rastro*, ca. 1900. Museo de Historia. 2002/7/199



José Gutiérrez Solana: *El Bibliófilo*. Fundación Banco Santander

La paleta de pintor, con sus colores terrosos, en la que, por supuesto, no faltan los diversos matices del negro, sorprende por su inesperado orden cromático.

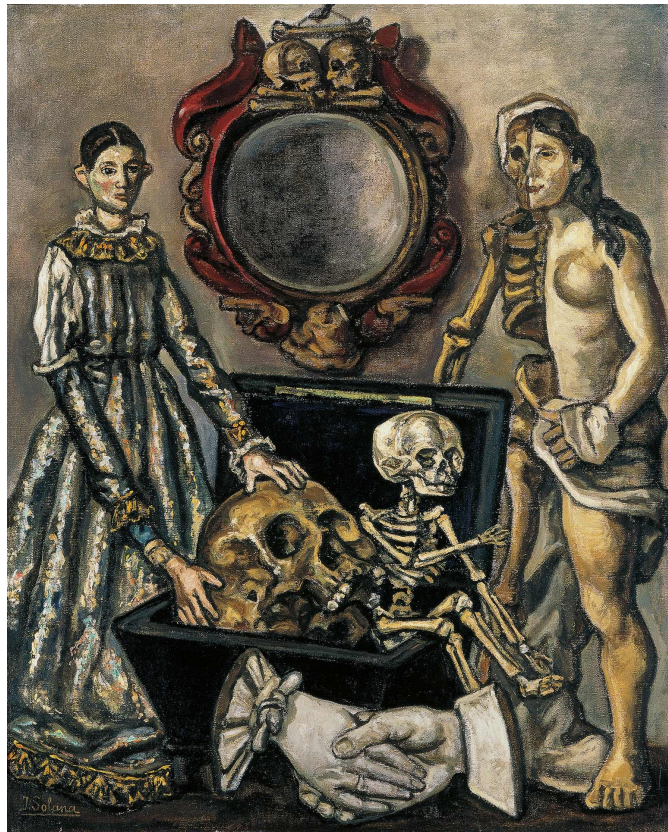
El misterioso libro de cubiertas de pergamino también forma parte de algunas pinturas como *El bibliófilo*, donde el personaje lo sostiene entre sus manos. Y nos gusta creer que este objeto pudo ser el germen de su obra literaria *Los cuentos del Osario*, aquella de la que solo ideó el título, como lo demuestran las páginas en blanco del interior de nuestro libro.

Máscaras de todo tipo y condición son habituales en la obra de Solana, pero las más características son las carretas de cartón empleadas por los más humildes en las fiestas de carnaval. Estas máscaras de “las destrozonas” están muy presentes en la obra literaria, pero sobre todo plástica de Solana: *Música Ratonera*, *Máscara de Aldea* y un sinfín de obras más representan estas máscaras de rostro deforme, que también utiliza en otros trabajos de trasunto goyesco como *El Pelele* o *El Entierro de la Sardina*.



José Gutiérrez Solana: *Máscaras cocineras*. Museo de Historia 2000/29/9





Mención especial merece el espejo, y no solo porque forme parte de dos de sus más emblemáticas obras: *El Espejo de la Muerte* (hoy en la colección del Banco Santander) y *La Baraja de la Muerte* (Fundación Mapfre), en las que la muerte como tema central evocan a las *Vanitas* del siglo XVII, en este caso en una reinterpretación expresionista. Y es que el espejo, hallado en uno de sus paseos por anticuarios y chamarileros, venía con una leyenda que tiene mucho de *Vanitas*. Según relata Camargo, uno de los mejores biógrafos del artista, Solana se lo compró a un chamarilero que le contó que “el marco estaba en una iglesia, y en un cartón interior se apuntaban los nombres de los feligreses que morían. Luego le pusieron un espejo. El judaizante que se lo vendió le advirtió conmovido que aquel que se mirase en sus aguas muertas moriría pronto.”

José Gutiérrez Solana: *El espejo de la muerte*. Fundación Banco Santander



El circo, el guiñol y el teatro callejero más humilde captaron también la atención del Solana pintor y también literato. Cabezas de guiñol y marionetas, lo suficientemente estropeadas para haber perdido su función original, fueron rescatadas para formar parte de esta comparsa personal, algunas de nombre propio como *El tío Jindama* o *Chocolatito*, otras anónimas, pero algo más lustras como el muñeco oriental con traje de seda.

*Chocolatito, Tío Jindama.*  
Museo de Historia de Madrid 2003/11 y 2003711712

Solana mostró especial predilección por los muñecos articulados y maniquíes ajados que circulaban por El Rastro; algunos de ellos fueron adoptados para una nueva vida en casa del pintor y lo acompañan para la eternidad en su *Autorretrato*. Entre ellos estaba también esta *virgen vestidera* de tradición popular que Solana debió de utilizar de inspiración en sus composiciones.



*Cabeza:* Museo de Historia de Madrid. 2002712/20  
José Gutiérrez Solana: *Autorretrato*. Colección particular

